

21584728
repetido no en base
UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

43

Manuel Moreno Mora

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1965



MANUEL MORENO MORA

Un Esteta de la Poesía, un fino Esteta de la Poesía...

Un Esteta que halla la belleza del soñar y la vuelve más bella todavía a través de su grande y profunda sensibilidad...

Amor y Dolor, amor que no es sino camino al dolor para el ser sensible... Dolor, que no es sino realidad del amor para el ser sensible... Amor y Dolor son en Manuel Moreno Mora de una finura admirable, de una alta belleza, de una gran poesía en Estética intensa...

A veces, por sus ensueños de serenidad clásica, por sus ensueños de lo mitológico vuelto poesía en su decir, se le podría creer trabajando en lo impoluto del mármol, en pentélico mármol buscado en las vecindades de la Montaña Sagrada... Pero éste no es sino un aspecto de su crear poético, un bellissimo aspecto de su creación... Porque, cuando hunde su sentir en su mismo dolor entrega, sí, perfectas estrofas armoniosas, pero con una tristeza que, siendo de él mismo, siendo su infinita e incurable tristeza,

se difunde también a lo visible e invisible, se hunde en la elemental tristeza que palpita por corazón del mundo...

Sus meditaciones son también de gran altura poética... Su meditar es otra manera de crear bella Poesía... Su meditar encontró la Poesía en sutil esencia que el hombre tiene y llama pensar...

Una corriente musical íntima e intensa circula por su Poesía... No de otra manera podría ser: Poesía que no se confunde con la Música simplemente no es Poesía... Una Música depurada y pura circula en su Poesía dándole ese musicismo de elegancia extraordinaria, mas también de inconsolable nostalgia... Sus ensueños de lo mitológico se nutren de armonía luminosa al estilo de un tema de Sonata, antes de Beethoven, cuando aún el caramillo y el sistro llamaban a la hora luminosa desde los perfumados campos de la Hélade... Pero sus penas de amor y de dolor tienen ya otro tema de inspiración musical: el intenso Preludio desgarrado o el Nocturno en el que lloran maravillosa luz imposible e inalcanzable las estrellas...

La perfección en alta Estética de esta Poesía se debe a un espíritu hundido en sus intimidades más íntimas, hallando allí el milagro de los pasados luminosos pero más de los ahora llenos de tristeza irremediable... El pensamiento piensa altos pensamientos y el sentimiento siente bellísimos sentires... Todo el emocioario de este Poeta es un emocioario de Artista...

Esta Poesía es la de un Esteta que sueña sus sueños en total belleza, sabiendo perfectamente que

sólo así se cumple cabal y definitivamente la creación en pura Poesía...

Manuel Moreno Mora es el Poeta de la Belleza íntima y bellamente traducida, una Belleza armoniosa lo mismo en los luminosos instantes que en los instantes de suprema tristeza... Los dioses eran bellos, siempre bellos, los que tenían en su poder la alegría de la luz o los que tenían en su poder el dolor de la sombra...

Esta Poesía de Manuel Moreno Mora es una honda Poesía trascendente... No importa que el Lirismo de sutilísima sensibilidad diga sus tristezas más íntimas, porque al decirlas en belleza perfecta las vuelve trascendentes: toda gran tristeza humana, toda bella tristeza humana, es la tristeza del universo...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

LA TORRE DE MARFIL

Por instinto secreto, dócil a mi destino,
alcé desde mi infancia la torre de marfil;
solitaria y altiva, de resplandor divino
se baña en la alta cumbre, como un nardo de abril.

No llega a sus moradas el batallar humano
con sus bajas pasiones de lodo hosco y cruel;
la multitud no mancha su muro soberano
con su hálito, su Jodo, su ponzoña y su hiel.

En sus mansiones vago con Psique, el alma mía,
dando culto a mis dioses, soñando en mi ideal;
hierro el arpa de mi alma, de apolínea armonía,
y me embriago con ritmos de dulzor celestial.

No ambiciono el elogio de odiosa muchedumbre;
sólo quiero en mi canto hallar consolación
a mi espíritu atado del dolor en la cumbre,
librarme del tormento que ahoga el corazón.

Mi emoción hecha música va hacia la edad futura,
en que el risueño Apolo triunfe con su virtud,
se alce el alma del fango, bañada de hermosura,
y se eleve el ensueño de toda juventud.

He vibrado cual lira. Mi canto han inspirado
lo ignoto, lo doliente, naturaleza, amor;
su embeleso y belleza he sentido y amado,
y he cantado en poemas de alegría o dolor.

Hallaron eco en mi alma, con inaudito encanto,
amor, y luz, y vida, campo, y agua, y azul;
arrobado y canoro, he desgranado el canto,
en mi jardín oculto, mi mágico bulbul.

Todo yo, con mi espíritu y alma, estoy en mis versos.
Cuando una virgen lea mis cantos de emoción
mi sombra ha de posarse sobre sus senos tersos,
y ella, tierna y mimosa, me dará el corazón.

Adorador ferviente de la pura belleza,
azorado en mi tierra, como un cisne gentil,
extranjero me siento, con mi ensueño y tristeza,
en medio de esta patria, bello edén, pero hostil.

Desterrado en la torre de marfil soberana,
de mi alma altiva y triste he vuelto el dulce lar:
todo mi lar es ella para mi ansia extrahumana,
la mágica Belleza es el dios de mi hogar.

Hermano de la rosa, del ruiseñor divino,
como aroma y arpegio exhalo mi canción.
Si en el vacío caen canción, aroma y trino,
no importa, que ha vivido su vida el corazón

EL CISNE NEGRO

En la gema del lago circundada de seda
verdiazul del paisaje y en la gracia del día,
cisne negro resbala, recordando de Leda
el regazo más dulce que olímpica ambrosia.

Enarcado su cuello, cual de fina Velleda,
concentrado en el reino interior de armonía,
boga, extraño a los lagos y a las horas, que, en rueda,
se deslizan fugaces, en dolor o alegría.

Palpita numen triste en sus ojos oscuros,
su plumón se estremece de divinas saudades,
cuando tiemblan los cielos de las noches de encanto,

bajo el oro infinito de fulgentes dioscuros:
de su pecho colmado de dolor y ansiedades
brotó el canto armonioso, dulce, póstumo canto.

LA COPA DE ORO

Es war ein Koenig in Thule.

Goethe

Yo, como el rey de Thule, tengo una copa de oro
que me legó la vida, mi adorada, mi amor;
guarda tantos recuerdos que si evoco su encanto
las lágrimas me brotan, en ansias de llorar.

Cuando bebo en la copa la sangre de mis viñas
siento en mí que renace la vida que murió;
como dulce querida su boca une a mi boca
y ensoñándome dichas me arroba en su embriaguez.

Cuando me llegue un día la muerte inexorable
beberé en la copa áurea su encanto, último encanto
y de mi torre ebúrnea la arrojaré hacia el mar.

Bajo el glauco silencio del mar de eterno olvido
yacerá para siempre mi bella copa de oro;
no beberé su vino, no beberé jamás.

EL FAUNO

Anda el fauno en la selva con pasos cautelosos,
acechando las fuentes donde ninfas rosadas
bañan sus cuerpos vírgenes de pieles nacaradas,
entre risas y juegos de amores insidiosos.

Ardientes las pupilas, los labios temblorosos,
abiertas las narices, ve piernas redondeadas,
y huele los perfumes de axilas aureoladas
y de tibios regazos, pérfidos y amorosos.

De sol y azul bañado, se abraza a un tronco aleve,
soñando que una driade se rinde a sus halagos;
la boca oliente a uvas rompe en suspiro leve.

En lánguido desmayo, se tiende en la divina
tibieza de los musgos, al borde de los lagos,
y ardientemente besa la noche femenina.

INVITACION AL AMOR

Bajo esta sombra verde, sedante y nemorosa,
dejemos que las lilas nacientes nos induzcan
con su sensual fragancia de carne voluptuosa;
a la isla de Afrodita sus ondas nos conduzcan,
bajo esta sombra verde, sedante y nemorosa.

¡Que el opulento aroma nos embriague la mente
y olvidemos ideas que aduermen engañosas!
¡Que triunfe nuestro instinto primitivo y ardiente!
Que el corazón sacuda sus pámpanos y rosas!
¡Que el opulento aroma nos embriague la mente!

Rosa primaveral, hermana de las rosas,
acuéstate en los musgos de tibiezas de lecho.
Cierra los ojos. Mira lo fugaz de las cosas.
Escucha los latidos de tu pagano pecho,
rosa primaveral, hermana de las rosas.

El latido escuchemos del corazón del mundo:
¡que nos llegue en arrullo de luz, aroma y trino
de amor inagotable, de placer tan profundo
que la vida es eterna por su influjo divino!
El latido escuchemos del corazón del mundo.

Alegria! alegria! suena la azul acacia,
y ángeles invisibles sacuden incensarios
al sol, que nos da el dón de su luz y su gracia,
por quien, para la vida, somos los sagitarios.
Alegria! alegria! suena la azul acacia.

Abre la rosa fresca de tu carne en la sombra,
soberbia en el orgullo de tu blancor de lirio,
tendida, sonriente, de musgos en la alfombra,
y enciende con sus llamas mi lánguido delirio.
Abre la rosa fresca de tu carne en la sombra.

Fundamos nuestros cuerpos en una sola forma.
En un batir isócrono de almas y corazones,
en armonía, dóciles a la divina norma
que rige los impulsos de secretas pasiones,
fundamos nuestros cuerpos en una sola forma.

EL ENSUEÑO ROTO

En tanto en su regazo el goce siento,
revuela el alma —cual abeja de oro,
de rosa en rosa, en pos de su tesoro—
por un jardín de vírgenes sin cuento.

Bajo el terral de mi febril aliento
va, sonriente o grave, el bello coro;
su voz escucho y gozo con su lloro,
y en una, al fin, se fija el pensamiento.

¡O sola, esquivo, el corazón murmura,
te escucho, al fin, en mis amantes brazos,
venciendo tu desdén, tus esquivaces!

Y gozo de la idílica dulzura;
mas se rompe el ensueño en mil pedazos,
y siento sólo sus amargas heces.

EL INFIERNO DEL DESEO

Siento que desde el fondo oceánico de mi alma
surge una marejada de un millón de deseos,
deseos que me asedian obsesores, sin calma,
irradiando en mi noche sus bellos purpureos;

fantasmas que se encarnan en los paganos dioses
que, en la tierra, ceñidos de pampanos y rosas,
alegraron el aire con sus jocundas voces,
embriagados de dichas radiantes y armoniosas;

y en los siete demonios, bellos cual serafines
de labios seductores, de fulgurantes galas,
cuyas voces mimosas de mágicos violines
me arrebatan, en sueños, a felices Walhallas.

Y mis deseos locos se retuercen furiosos,
atados a la vida por un fatal destino.
¡Vivir en este infierno de frutos deleitosos,
sin mitigar la angustia del anhelo divino!

¡O labios virginales que no os besó mi boca!
¡Labios en flor que rien en otras dulces tierras!
Fresco jardín cerrado, con tu aroma me invocas
y, cercado de espacio, a mi pasión te cierras.

Cabelleras que nunca despeinaron mis manos,
rizadas cabelleras, negras, claras y obscuras,
no abrigaréis mi cuello, mis deseos insanos;
no aromarán mi alcoba vuestras fragancias puras.

¡Quién ahogar pudiera primaveras de nardos
en monstruosas orgías de enceladas bacantes,
entre rugidos roncós de un millón de leopardos
y los evohé trémulos, lánguidos y exaltantes!

¡Jamás saldré del cerco de estas altas montañas,
para ir, sobre las ondas de los mares sonoros,
ó sol, a nuevas tierras, cuyos paisajes bañas
con oros detonantes o con pálidos oros!

¡Jamás mis plantas ávidas darán la vuelta al mundo,
gozando de la vida, del arte y la belleza,
hasta agotar el fondo de su placer profundo,
hasta que haya en mi copa el poso de tristeza!

¡Gloria, jamás mis sienes nimbárs de esplendores,
jamás tendré en la frente tu beso apetecido!
Ah! no hollaré, a mi paso, los laudes, como flores:
¡sin dejar una estela me hundiré en el olvido!

Quisiera ser Proteo, transformarme en mil seres,
para vivir la vida, la vida toda entera,
desenfrenando loco mis potentes quereres,
potros piafantes, sobre campos de primavera.

Ah, la vida! Hacer de ella mi musa y mi querida,
estrecharla en mis brazos, inebriarme en su boca,
gozarla de mil modos, dejarla consumida,
en una noche bella, en una orgía loca.

Quisiera haber nacido en un reino fastuoso,
en la pagana Italia, en Ferrara o Florencia,
cuando el mundo encantado renacia glorioso
y el jardín de la vida se abría en su potencia.

Sonreír a la vida y a la bella natura,
dando culto a la Fuerza y a la gentil Belleza,
inebriado de amor, de placer, de locura,
violento, apasionado, hollando la tristeza.

Y la vida se fuga, instante tras instante,
al compás de la péndola fúnebre y dolorida.
¡Vida, ó mi vida amada, ansiosa y suspirante,
te escapás como sangre por labios de honda herida!

¡O dolor de vivir con la vida uniforme,
ebrio de locas ansias, loco de titubeos,
pues no hay dolor más hondo que este dolor enorme:
tener sólo una vida y arder en mil deseos!

AFRODITA

Sangra el cielo divino sobre la mar sonora
que palpita y esplende con la luz matutina;
se comban las espumas en la extensión marina;
la brisa aromas riega; la luz se irisa y dora.

En la gracia del día, bajo el temblor de la hora,
nace de albas espumas, Afrodita divina;
rie en sus tiernos labios la rosa purpurina
y es milagro su cuerpo de gracia seductora.

Se estremecen, turbados, los dioses inmortales,
en la quietud augusta del Olimpo sereno:
sienten, por vez primera, los deleites carnales,

que despierta el Deseo, este infante divino,
hermano de la Muerte, que lleva en su hondo seno,
del mal y el bien la fuente, aliento venusino.

CLARO DE LUNA

Esta noche me he quedado
acodado en la ventana,
triste de amores y ensueños
y de profundas nostalgias.

Está la noche de luna
de una dulzura infinita,
musical, desnuda y pálida,
trémula de luz de estrellas,
voluptuosa de fragancias.

Yo no sé qué encanto tiene
esta música tan lánguida.
y apasionada. ¡O encanto
de las músicas lejanas!

Bajo el silencio lunar
y entre un fresco són del agua,
el jardín se ha vuelto blanco
de aromas de rosas pálidas.

Ha florecido el jardín
de los cielos: tiemblan áureas
amarilis, mis sentidos
con sus aromas se embriagan.

Se han juntado las estrellas,
la música, el lirio, el agua
para hacerme que yo sueñe
en su tierna y dulce hermana.

Hermana mía! dulzura
de su carne tibia y blanca!
dulzura de los silencios
en que se juntan las almas!

Quisiera, esta noche azul,
tilos en flor y en sus ramas
un ruiseñor armonioso
que, al cantar, lllore mis ansias.

Quisiera, esta noche trémula,
para la sed de mis ansias,
tu boca, tus senos, tu
cabellera, ó dulce amada!

Y Chaminade que llora
una música lejana,
y al oír se despierten
mis más íntimas nostalgias.

Después, todo evanescente.
Una saudad honda y vaga.
Ah! los lejanos amores.
¡O amada, primera amada!

ELEGÍAS

Horas de amor, de paz y de ternura;
delicia celestial, celeste gozo;
a mi cansancio el único reposo;
la divina ambrosia a mi amargura;

en mi vida la estrella clara y pura;
sostén en mi camino doloroso;
refugio dulce, alegre y cariñoso;
contemplación de angélica hermosura;

la vida, abril risueño y encantado;
entre música un mundo presentado;
trino de ruiseñor enamorado;
bello aroma de lirio florecido:

Soñé todo esto a tu amoroso lado,
y hoy por todo esto lloro en el olvido.

¡Nunca hallará su hermana el alma mía, nunca?
¡Siempre será mi vida una esperanza trunca?
¡Qué tenga yo, qué tenga, mi amor, al fin, ó vida!
La amada dulce y buena, tanto tiempo inquirida,
la amada cuyo espíritu se junte con el mío,
y habite su desierto y llene su vacío.

Esbelta, blanca y rubia, por el fondo de mi alma
la siento yo que pasa. ¡O promesa de calma!
¡O promesa de dicha! Fragante a amor y a rosas,
cantando, a media voz, romanzas amorosas,
por el fondo de mi alma la siento yo que pasa;
por ella tengo esta honda tristeza de una casa
vacía.

Ya hazme el dón, ó vida, de sus ojos,
mis mares y mis cielos, y de sus labios puros,
cuyo vino me embriague, para sufrir la vida
tantalizante y dura, vulgar y dolorida.
Sobre la frente, triste de sentirse divina,
sienta yo la frescura de su mano alba y fina.

¡O vida, ya hazme el dón de la amada de ensueño,
la amada cuya blanca visión pasa en mi sueño!
Su alma unida a la mía, en silencio, ¡ó dulzura!,
calme, acaso, esta sed de amor y de ternura.

Era una tarde mansa de setiembre doliente.
¿Qué inefable dulzura flotaba en el ambiente
y daba al alma trémula una vaga ternura?
¡Dulzura del otoño! ¡Penetrante dulzura!

Bajo esa tarde mansa y azul de la otoñada,
ella y yo, solo a sola, pareja enamorada,
solo a sola, en silencio de amor inconfesado,
en languidez de amor, íbamos enlazados,
su brazo entre mi brazo, juntas nuestras miradas,
juntas nuestras sonrisas, y, las bocas calladas,
juntos los pensamientos de amor y de ternura.
¡Dulzura del otoño! ¡Penetrante dulzura!

La tarde se moría voluptuosa y nostálgica,
muriertes palpitaban las hojas de los álamos;
las rosas y violetas daban su dulce olor,
y su olor me ensoñaba largos sueños de amor.
Se oía en la hondonada el rumor quejumbroso
del río que fluía. Se escuchaba el sollozo
de la brisa nocturna. Caían deshojadas
las rosas de Bengala, fugaces, marchitadas.
Turbaba el corazón oculto de las cosas
mis ensueños de vida, mis ansias voluptuosas,
y al alma de las flores, mi corazón, mezclado,
sentía una añoranza de amar y ser amado.

Bajo esa tarde mansa de sugerencias hondas,
junto a los sauces, junto a las llorosas frondas,
viendo su amor secreto, le confesé mi amor;
en un hondo silencio, en un dulce languor
se unieron nuestras almas, se unieron nuestros sueños
y, temblando, partieron al reino del ensueño.

¡Te amo! Cuando en ti pienso, todo yo me entristezco,
me vuelvo como un niño y de amor languidezco.
Quisiera entre las manos sentir tus suaves manos,
sentir sobre la frente la nieve de tu frente,
sentir todo tu cuerpo junto, muy junto al mío,
como un puente que tienden tu espíritu y el mío,
y, en el divino instante que se unan nuestros labios,
sentir, al fin, las almas unidas en los labios.

Tu divina belleza me llena el alma entera.
Hoy dentro de mí siento una azul primavera
que irradia y que perfuma, que canta y que sonríe,
mi sombría tristeza en su luz se deslía;
y es la luz de tu cuerpo, y es tu angélico acento,
las rosas de Lahor de tu carne y tu aliento
toda tú, toda tú, que estás dentro de mi alma,
y me iludes, me encantas, me inquietas y me acalmas.

Todo mi sér se tiende a tu clara hermosura
y hacia ti fluye en ondas de amor y de ternura.
Besándote las manos, besándote los senos,
los ojos en tus ojos tan dulces y serenos,
quisiera yo decirte: "Amada mía, te amo"
con acento tan hondo, tan tierno de reclamo
que tu alma, conmovida de amor y de armonía,
para un amor eterno se funda con la mía

Calla, no digas nada. No profanes la noche
con tus palabras frívolas. Deja el vano derroche
de ingenio para el día. No rompas el encanto
de estas mágicas horas, cuando se escucha el canto
de un ruiseñor oculto en nuestros corazones,
hecho de amor, de luna, de vagas emociones.
La noche misteriosa, trémula y femenina,
me seduce en esta hora; no es tu carne divina
lo que ahora me incita. No me tienta tu boca;
la noche es quien despierta en mi alma un ansia loca;
¡Estoy enamorado de la noche radiante
y en mi carne quisiera sus caricias de amante!

Noche extática, noche azul y soledosa,
siento tu vago espíritu y tu alma misteriosa,
que a mi vida descienden y le dan su dulzura
y consuelo, colmándola de paz y de ternura.
¡O noche encantadora, no sientes cómo te amo?
Hacia mi amor, con todo mi corazón, te clamo.
Estréchame en tus brazos, entra a la alcoba mía,
arrúllame en tu gracia y en tu melancolía;
háblame de lo efímero de todo lo que existe,
de la vida tan corta, de todo lo que es triste;
mas brindame en tus labios de idioma misterioso,
para esta ansia infinita, tu filtro de reposo.
Tu embalsamado aliento, tu carne nacarada,
tus miradas azules, tu calma resignada,
con fulgores de estrellas, susurros de follajes,
rayos castos de luna, argentados celajes,
todo inunda mi pecho y en éxtasis me sume,
cual música divina o encantador perfume.

Calla, no digas nada. No rompas el encanto.
La luna te ha vestido con su perlado manto.
A través de tus ojos me está mirando el cielo;
su lirio azul rocías con tu llanto de duelo.

O noche ¡ó bella noche! mi espíritu murmura,
en el fugaz espasmo, mecido en su dulzura.
Mi espíritu, encantado, se finge que en el lecho
la noche es la que, lánguida, yace junto a mi pecho.

El dolor que me causas me es tan dulce y querido
como el beso más tierno que en tu boca he bebido.
Amame así, ó mía, cruel y dulcemente,
con desamor helado y con pasión ardiente:
sé bien que el sueño alcanza y sé sueño inasible,
posible realidad y quimera imposible,
para huir del cansancio y huir del torvo hastio,
que el corazón inundan de desencanto y frío.
El amor es rosal que con lágrimas crece:
es su más bella rosa la que en dolor florece.

Te amo más cuando temo verte un día, querida,
muy lejos de mi lado, para siempre perdida;
o cuando te presiento, con fantasía loca,
en el lecho mortuorio, exánime la boca,
las mejillas exangües, fría, pálida y yerta,
silenciosa y serena, con majestad de muerta.
Tu boca, que hoy es mía; tus senos, que hoy palpitan,
bajo el temor funesto, con más amor me invitan
a beber su deleite, a hundirme en su tibieza,
trémulo y conmovido, rebosando en terneza.

Volverá primavera el otro año, y las rosas
florecerán de nuevo, sensuales y olorosas;
pero jamás retorna la juventud divina
con su amor y belleza, ardiente y peregrina.
¡Dame, ó fugaz y frágil, en tu boca a beber,
al borde de la pena, el divino placer!

La tristeza me sube desde el fondo del alma.
No sé por qué, mas tengo mi espíritu sin calma.
Un libro de poemas se cae de mis manos.
Como nunca, me hieren desalientos insanos.
¡O soledad! murmura el alma entristecida,
creyendo que ella causa mi angustia adolorida.
No es ella, yo medito: la soledad es suave;
en ella, fuerte y libre, me siento como un ave
que, revolando, canta por el azul del cielo;
el alma libertada, en su armonioso vuelo,
siente radiante júbilo, como de ángel caído
que sube de las sombras hacia el edén perdido.

Como una flor marchita se inclina la cabeza
y en las pálidas manos se asila en su tristeza.
Ah, bajad las cortinas y cerrad las ventanas,
que afuera hagan bullicio las locuras humanas,
naturaleza juegue con luz, aroma y viento,
yo llorar quiero, a solas, en mi recogimiento.

El mar de amarga angustia me ahoga la garganta,
¿Por qué mi corazón lloroso tiene tanta
angustia y tanta pena? Los ojos cierro y siento
el llanto que me brota y, en el alma, el lamento.
¡O dulce amada mía, por ti mi alma solloza,
por ti, que ya te alejas, como una hada radiosa,
de mi jardín cerrado, donde sólo un instante
bajaste a mi dolor, mimosa y consolante.
Igual que tú me olvidas, ¡cuántas me han olvidado!
Bajo mi hado inclemente me siento resignado.

Fuiste sol de mi vida y aire para mi aliento;
hoy la noche ya cae en mi espíritu, y siento
que me arrastro en el polvo, cual ruiseñor herido,
sin canto ni esperanza, por el dolor vencido.

Mañana, cuando sea ya demasiado tarde,
arrepentida, acaso, de tu pasión cobarde,
me amarás nuevamente; será todo imposible;
estrecharán tus brazos mi fantasma inasible.

Desde el fondo de mi alma, donde está tu recuerdo,
en cuyo laberinto, suspirando, me pierdo,
no sube el canto de odio a turbar tu reposo,
ni la queja importuna para tu dulce gozo;
sólo suben las lágrimas de mi saudade y duelo,
como suben vapores de amargo mar al cielo.

Aire para mis alas, rubio sol de mi vida,
siento la noche y siento la esperanza vencida;
y los párpados cierro, cual flor cierra su broche,
para soñar contigo, ó sol mío, en mi noche.

Por la ciudad dormida ambulo lentamente.
Todo reposa en honda quietud, indiferente:
las ventanas, cerradas; las casas, silenciosas;
solitarias las calles: duermen todas las cosas.
Desde el cenit la luna vierte su luz de ensueño.
Semeja la ciudad un dulce edén de sueño,
aromada de rosas, bañada así de luna,
de silencio acolchada, sin sombra humana alguna.
Por tanta paz y sueño, la luna y las estrellas
se diría que bajan a contar sus querellas
a la brisa, a la rosa, al ruiseñor, al lago.
Siento la tibia noche cual femenino halago.

En el jardín, los pinos, las floridas acacias
tienen el aire de éxtasis, de encantadoras gracias.
Flota un vago misterio sobre tanta pureza
que el alma se arrodilla ante la azul belleza.
Serafines dolientes que vagan por la altura,
dejan caer sus cantos de celeste dulzura;
mezclados al aroma de albas rosas y lirios
despiertan en el alma ensueños y delirios.
Los jardines fragantes, donde sueñan las hadas,
son más blancos; las rosas, más puras y aromadas.
La noche azul entona en la flauta del río
una canción tan tierna que el saucedal umbrío
deja rodar sus hojas, cual doloroso llanto
que brota en las pupilas al musical encanto.

Embriagado de luna, de cantos y de rosas,
el corazón efunde sus tristezas saudosas,
y retorna a la amada, que llora en el olvido,
en ingrato abandono, como un ave a su nido.

El encanto nocturno hacia ella me conduce.
El silencio es más hondo; la luna pura, luce.
En tu balcón escucho tu llanto ardiente y suave,
o sólo amada mía, que mana dulce y grave.
Y en mi pecho tus lágrimas de amorosas querellas,
tiernas, conmovedoras, palpitan como estrellas.
Todo un cielo estrellado siento en mi corazón,
un cielo en donde brilla tu cara de aflicción,
cual luna melancólica, de oculto encanto llena,
que cautiva y arroba, cual canción de sirena.
El ruiseñor de mi alma, triste y enamorado,
se siente, a tus destellos, de amor arrebatado,
se agazapa en tus senos, y canta, arpegia y trina;
y la noche es más diáfana, trémula y cristalina.

Tu recuerdo es la llave de la fuente profunda
de mis calladas lágrimas. Todo mi sér se inunda
de saudade a su paso: "Ah, lo que pudo ser!"
murmuro cuando vuelven los recuerdos de ayer.

Mi ensueño de otros días, mi dulce bienamada,
hoy eres el fantasma de mi alma abandonada;
por ti mi corazón es cual casa de ausente,
que casi está vacía, y está triste y doliente
de susurantes ecos de fiestas olorosas
y de las ahogadas lágrimas de las cosas.

Para evocar tu cara, tu aroma, tu sonrisa,
para evocarte toda, espléndida y precisa,
me es inútil, María, volver a los lugares
que nos vieron en íntimos amores y sueños;
me es inútil mirar tu imagen de ojos tristes
o tener en las manos la dorada batista
del pañuelo que guarda, del adiós de ese día,
el alma de las lágrimas de tu melancolía;
más bella, más radiosa, más viva, más fragante,
en todas las escenas de nuestro amor distante,
te sé de corazón y te guardo en su seno,
lleno ayer de esperanzas y hoy de pesares lleno.

Te oigo, te veo. A veces, al fondo, hay un paisaje
de égloga en donde ondula el muaré de tu traje;
suena en mi corazón tu suave voz de seda,
mi voz íntima, a veces, sin querer la remeda;
suena en mi corazón, sin sonidos, tu canto
lejano, muy lejano. Siento el radioso encanto

de tu carne ideal de rosas de Lahor,
que en mi alma, para siempre, dejó su bello olor.

Mis manos están tristes de saudade de la suave
suavidad de tu carne, y pesarosa y grave
mi boca, que ya nunca ha de posarse ansiosa
en tu boca, en tu carne divina y deliciosa.

Todo lo que te amó en mí, todo mi sér,
te ama y solloza sobre los recuerdos de ayer.
Y hoy, que estás para mí para siempre perdida,
como nunca te he amado te amo mucho, ó mi vida!

Dulzura del recuerdo, de amoroso recuerdo!
En su oculto jardín, encantado, me pierdo.
En su suave penumbra me creo yo una sombra
de otro mundo, que vaga en la sedosa alfombra
de céspedes, juncados de mustios asfodelos.

¡Qué distantes se quedan mis febriles anhelos!
Hay silencio, un silencio tan hondo y silencioso
que se oye claramente el timbre delicioso,
pueril, de azul, de seda, de sollozo de fuente
de la voz tan amada, tierna, devotamente;
y una penumbra opaca tan quieta, tan umbrosa
que hace volver la sombra del cielo en que reposa,
la sombra de la amada, cuya voz ha callado
para mi ávido oído, ya triste y desolado.
Tenían sus palabras tal dulzura y encanto,
tal amor y ternura, con no sé qué de llanto,
que aun en mi alma resuenan, ¡ó acento tan querido!,
después de tantos años de silencio y olvido.
¡Belleza de la amada, de la primera amada!
Su adolescencia tímida, la caricia robada
a su pudor de virgen, la confesión primera,
la primera caricia: toda la primavera
del alma y los sentidos. O dulzura ¡ó encanto!
¡Amor, sólo el primero; los demás, tedio y llanto!
¡Dulzura del recuerdo, dulzura del martirio!
Su piel suave tenía la tersura de lirio,
su piel, que despertaba una sed de caricias,
sedes nunca saciadas de amorosas delicias.
¡Y sus ojos, sus labios, su carne, su cabello!
¡Qué blanco era su seno! ¡Qué leve era su cuello!

¡Todo está ya qué lejos! ¡Todo está ya perdido!
Pero aun, por tan amado, se salva del olvido:
del mundo del recuerdo, cual de un lejano mundo,
de un mundo de silencio musical y profundo
desciende a mi saudade la amada sonriente.
y triste y consolante me da un beso en la frente.

Una tarde de abril, frente a los hondos prados,
 en la terraza, solos, nos quedamos sentados.
 Ella a mi lado, llena de gracia y de ternura,
 me daba, como rosa, su aroma y su dulzura.
 Sentía yo en el alma penetrantes abrojos;
 las lágrimas pugnaban por brotarme en los ojos.
 Junto a la realidad de soñados amores,
 lloraba el desencanto, dolor de los dolores;
 perseguía, insaciable, inasibles ensueños
 de mágicos amores entrevistados en sueños.

Los prados ahogábanse en sombras vespertinas.
 Florecían los cielos mil rosas y glicinas.
 Arrullar de palomas, blando piar de nidos
 salían del reposo de los parques floridos.
 La brisa, suspirando, se unía entre las frondas
 con el agua, que, en lloros, deslizaba las ondas.
 La primavera al aire daba su tibio aliento,
 y en voz, murmullo, trino, su encantador acento.
 Sus follajes mecían los altos sauces reales;
 entreabrían las flores los senos virginales
 y exhalaban aromas, que gratas impresiones
 movían en mi espíritu, ardiente de emociones.
 Traíame recuerdos el olor de reseda,
 de un amor dulce y puro, hecho de lirio y seda;
 me hablaban las orquídeas, en su lengua odorante,
 de voluptades sabias del cuerpo de una amante;
 una escala de aromas tendíame el narciso,
 por donde yo ascendía al vasto paraíso
 de sueños y delirios. Era un ansia amargada
 de amar y ser amado; de encontrar a la amada

tierna, ideal, radiante: de unirme a su ternura
 y jamás olvidarla; de hallar la ideal ventura;
 de vagar, encantado, en mundos de armonía,
 donde todo es amor, juventud y alegría.

Nuestros labios callaban. Fueron instantes largos
 en que juntos vivimos silencios tan amargos.
 Su indeleble recuerdo en recuerdos me sume.
 ¡O rosa de Lahor, guardo aún tu perfume!
 Como una flor marchita bajó el rostro de armiño;
 los párpados velábanle las pupilas de niño;
 vagaban en sus labios dolor y desvarío.
 ¿Sintió acaso, en el alma, resonar mi desvío?
 Estábamos los dos en el profundo Imperio
 del Silencio. En sus ámbitos cerníase el misterio
 de mi ilusión perdida. Tenía miedo y pena
 de contarle el secreto, de romper la cadena
 de nuestros corazones. De repente, la noche,
 sobre nuestras cabezas, abrió su obscuro broche.

¡La luna aparecía! Las frondas sollozaban.
 Ensueños, ansias vagas me herían y angustiaban.
 "¡No me amas!", susurré. La Amada que vi en sueño
 no eres tú, no eres tú! ¡O sed de amor y ensueño!"
 En la profunda noche murieron mis querellas.
 La luna se velaba; temblaban las estrellas;
 tenues nubes de armiño bogaban en los cielos;
 deshechas se perdían, cual sueños, cual anhelos.
 Alzó al cielo los ojos, en lágrimas velados;
 brillábanle a la luna, en su alba luz bañados.
 Y luego, como una hada, vestida de blancura,
 perdióse, leve, frágil, allá en la estancia oscura.
 Lloraba el piano, y ella lloraba una romanza.
 ¡O música divina, cómo a expresar alcanzas
 todo lo que no cabe en el idioma humano,
 saudad, tristeza, angustia, desasosiego insano!

Su voz de timbre angélico, de melodioso acento,
 volaba a las estrellas en súplica y lamento;

volaba a las estrellas, perfumada de lirios;
la noche era más fúlgida al són de sus delirios.
Temblaban los sollozos de fusas armoniosas,
traduciendo sus hondas querellas amorosas.
Diría que la noche cantaba en su garganta,
la noche sollozante, tibia, desnuda y santa.
Mi alma, a su dulce canto, llegaba a la ribera
de tierras y de cielos de amor y primavera;
tocaba ya la Tule de mis vagos ensueños,
en éxtasis veía sus paisajes risueños;
llegaba ya al vestibulo de lo ideal, lo infinito;
la plenitud sentía: Ya hallaba eco a mi grito
de sed de amor, de gloria, de inauditas venturas.
¡Era la tierra ansiada de ideales hermosuras!

Calló su voz. Y, lánguida, dejó su blanca mano
de flotar en las teclas sonoras del piano.
Cual salido de un éxtasis o despierto de un sueño,
aborto, aun contemplaba la visión del ensueño;
resonaban las notas del canto en mis oídos,
y en el aire, vibrando, quedaron sus gemidos.

Pálida y extenuada, cayó sobre mi pecho;
pálida y sollozante por su ensueño deshecho.
Sus ojos, sus radiantes ojos pardos, dolientes,
fijos en mí, lloraban sus lágrimas ardientes.
Conmovido, a su canto, de piedad y ternura,
la estrechaba en mis brazos y sobre la amargura
de su boca armoniosa, de sus ojos llorosos
posé los labios trémulos en besos pesarosos.
Y enfermo de esta rara y exquisita dolencia,
sobre ella, sobre mi sollocé la impotencia
de amar.

¡O sed de amor! Dime, ó Amada ignota,
en qué tierra el amor de tu mirada brota?
¡Si te me aparecieras, cual hada sonriente
en un claro de luna, en mi noche doliente!

Para mí tu visión es recuerdo impreciso
de la mujer amada no sé en qué paraíso.
Tu dulce imagen llevo junto a mi corazón,
cual talismán que trae mi dón, tu mismo dón.
Si ferviente contemplo tu etérea belleza,
de rodillas el alma, trémulo de terneza,
irradia un alba de oro sobre un edén florido,
y, en red de ensueños preso, me siento entristecido.
Los ojos en tu imagen, evoco lo pasado.
los instantes efímeros de un momento encantado.

Mecidos en la música de un baile voluptuoso,
una noche de mayo, de un mayo azul, radioso,
tu talle entre mis brazos enlazantes y ardientes,
tu pecho junto al mío, los labios sonrientes,
estuvimos un día. Yo sentía el martirio
de estar junto a los bordes de lila, rosa o lirio,
de juventud fragantes, como una abeja loca,
y no poder beber mi vida de tu boca.
¡Cómo en el alma suenan oaristos lejanos!
¡O nacientes amores, dolorosos y vanos!

En tu cuerpo de virgen, grácil, esbelto, fino,
hay algo vaporoso, no sé qué de divino
en que todo lo bello a lo triste se aduna
y huir del suelo anhela en un rayo de luna.
Un ritmo de arpa angélica da cadencia a tu paso,
ritornelo armonioso que suena en el ocaso
y acuerda con la música de brisas o de espuma
de los pliegues de seda que en tu traje se esfuma.
Te dan un aire frágil tus palores de lirio
y el gesto que en tus labios esboza algún martirio.

Hay algo de fugaz en tu gracia tan pura,
cual de flor inviolada que una mañana dura;
hay algo de lo efímero de las vidas más bellas
que pasan leves, bajo la eternidad de estrellas.

En torno de tu vida gira mi pensamiento,
cual invisible céfiro que busca, friolento,
la tibieza de un cáliz, bajo la tarde fría,
entre ángeles de oro y de melancolía.
Contigo está mi vida, aunque siempre lo ignores,
como callado céfiro, dormido entre tus flores,
azucenas y rosas de tu cara de armiño,
magnolias que se velan bajo leve corpiño.
Sólo tu imagen puebla mi espíritu de ensueños;
tú eres el corazón de mi vida y mis sueños.
Ningún amor, María, miraré como mío
si no es tu amor tan puro cual gota de rocío.

Tú, mi ideal ensueño, jamás has de ser mía:
Tocar, ¡es mi destino!, oasis de alegría,
de venturas soñadas, y no alcanzarlas nunca.
Desde que yo nací una esperanza trunca
y una eterna saudade son sombras de mi vida:
Soy llegada fugaz y perpetua partida.
Se quedan mi esperanza, mi corazón contigo,
¡adiós!; la fiel saudade por siempre irá conmigo.

NARCISO

Narciso, el dulce efebo de helénica belleza,
sobre la fuente diáfana su azul mirada posa,
para amar la hermosura de su rostro de rosa,
con íntima delicia, con profunda terneza.

Su boca ardiente y ávida su propia imagen besa;
su mano halaga, pura, la imagen temblorosa,
con suave, enamorada delectación morosa;
mas oculta en su espíritu penetrante tristeza.

Copiar no puede nunca su imagen fiel la fuente:
el pudor de la rosa, la castidad del lirio
y el ensueño de cielo de belleza riente

reposan inasibles, son almas sin idioma.
Piedad clama a los dioses para el cruel martirio,
y, vuelto flor, exhala su belleza en aroma.

LA HARMONICA

Una harmónica suave, suspirando se aleja
por la calle bañada de sol crepuscular.
Son frases musicales de una canción ya vieja,
y yo no sé por qué me hace ella suspirar.

La harmónica retorna. Su voz de terciopelo
se eleva por instantes, desciende sollozando
y en morendos se apaga. Es un pueril anhelo
que, en el pecho de un niño, radiante va cantando.

Fantasmas de la infancia, en tropel de visiones
que en el alma dormían, en sus hondos retiros,
despiertan de sus sueños, a aquellas sugestiones.
¡Es un dulce recuerdo que exhala estos suspiros!

¡O harmónica, tú evocas la sombra de mi infancia,
de mi niñez, que yace muerta en mi corazón;
pasadas primaveras de marchita fragancia
de rosas que murieron, temprano, en eclosión!

Como un extraño miro de mi niñez la sombra,
que llega, blanca y pura, se sienta en mis rodillas
y me evoca su vida, tan leve que hoy me asombra
y hace rodar furtiva lágrima en mis mejillas.

Son mil gratos recuerdos de la hacienda y las cosas,
sonoros de alegrías y bañados de sol.
¡O río de la vida, que una vez sólo pasas,
tu voz queda en el alma como en un caracol!

LAS CAMPANAS

Al rayar la aurora suenan las campanas,
campanas de oro, campanas poulianas.
Está la provincia dormida, callada,
de sueños de flores, casta y aromada.
En azul silencio su alma se recata.
Sólo el elfo suena timpano de plata.
Vagas claridades nuncian la mañana.
Suenan y se callan las suaves campanas.
El alba angelizan con su melodía
y en la ciudad vierten dulce poesía.
Bajo el cielo de ópalo de las madrugadas
despiertan sus voces blancas y encantadas.
Se esperezan lentas, lentas, como niños,
y suenan su música de oro y armiño.
Suenan las campanas, veladas de sueño,
bajo las estrellas, que tiemblan de ensueño,
que tiemblan desnudas, y bajo la luna
y sobre la tierra, que duerme en su cuna.
Suenan las campanas negligentemente;
suenan las campanas, suenan dulcemente.
Bajo la dulzura de las madrugadas,
de estrellas, y rosas, y luna aromadas;
bajo la dulzura del són de campanas,
campanas de oro, campanas poulianas,
despierta entre lirios, mi alma de niño
oye, de rodillas, su oro y su armiño.
Suenan las campanas entre blancos lirios,
y nardos de olores, y encendidos cirios;
entre las blancuras de sagrados linos,
y pálidas hostias, y rezos divinos.
¡O suaves campanas, campanas poulianas,
del rayar del alba! ¡Campanas, campanas!
Tras horrible insomnio en sombras cerradas,
¡ó dulces campanas de las madrugadas!

ANGUSTIA

Madre, cuando me angustia el dolor de la vida
y siento la inefable pasión de lo infinito,
esta sed insaciable, ansiosa y dolorida,
que en nada halla el nepente soñado y exquisito:

No puedo perdonarte la vida que me diste,
soledad de desierto y tristeza extrahumana.
Yo no tengo el orgullo de vivir solo y triste;
me mata la conciencia de la miseria humana.

Por qué yo habré nacido? ¿Qué funesto destino
imperó en mi naciencia? ¡Sentirme peregrino
a través del dolor, de la esperanza trunca!

A vivir torturado de insaciables anhelos,
de cósmicos terrores, de sobrehumanos duelos,
¡más me valiera, madre, no haber nacido nunca!

SAUDAD

¿Qué tristeza inefable será ésta que me enferma,
una tristeza vaga, llena de soledad?
Muero de honda nostalgia por todo lo pasado,
de añoranza profunda de un vago más allá.

Una sed infinita de amor, dicha, ternura,
de sueños no soñados, yo no sé, en fin, de qué,
me pone en una espera de inquietud y de angustia
que mata a mi esperanza, que tortura mi fe.

En medio del ruido terrible de la vida,
¡qué soledad tan honda, tan honda en mi interior!
Y siento un ansia loca de llenar el vacío
con un sueño, un ideal, un cariño, un amor.

Tengo, a veces, un vago, leve presentimiento
no sé de qué venturas que, al fin, van a llegar,
que voy a ser el dueño del dulce bien perdido
y de esta pesadilla, por fin, a despertar.

En mi prisión de angustia, como alondra, aletea
el alma, ebria de anhelo impreciso y sutil.
Volar bajo los cielos sonrosados de aurora,
beber frescos rocíos en las rosas de abril.

A veces mi esperanza vuela a las lejanías,
y a veces mi recuerdo se pone a sollozar.
En estos titubeos, cual hoja muerta al viento,
mi espíritu al destino quisiera abandonar.

Cuando las tardes huyen en el paisaje vago,
cuando surgen las sombras de la tierra sin sol,
estas tristezas brotan, como sombras, del alma,
como aromas que efluvia la flor del corazón.

¡Si pudiera, en las tardes, —morir yo con el día,
de esta muerte balsámica, con esta augusta paz,
irme desvaneciendo en campos siderales,
como un pálido rayo de sol crepuscular.

Quiero volver ya al blando regazo de mi tierra,
sepultar en su seno mi noche de dolor;
¡quién sabe si, en las playas brumosas del misterio,
de mi noche profunda no nazca un claro sol!

LENTUS IN UMBRA

¡Qué poco basta, a veces, a dar paz y dulzura,
como una mano amada puesta en mi corazón!
Un trémulo follaje que brinda su frescura,
un rosal, oro y rosa, que espira al tibio sol;

tras el claro follaje la azulada tersura
de un cielo maternal; el voluble rumor
de diáfano arroyuelo que copia la hermosura
del paisaje y argenta las orillas en flor.

¡Qué quietud tan divina! Sin ansia, sin tristeza,
en íntima armonía con la naturaleza,
sentir, perdido en ella, la dicha de vivir.

Mi alma se ha vuelto cielo. Mi alma se huele a rosas.
Ya no me tantalizan las terrenales cosas,
ni al vivir tengo miedo, ni miedo de morir.

ABDICACION

Cada noche, angustiado, me digo al irme al lecho,
sin recibir el beso de la ansiada ventura:
¿Será mañana, acaso, que cobije este techo
un corazón dichoso y puro de amargura?

Y es tan humilde, ahora, la ventura que sueño:
Un libro que me lleve a mi soñado Oriente,
una amada amorosa en el hogar risueño
y para mi ansia sólo una flauta doliente.

Mi sueño es tan humilde, como de un niño triste;
pero no hallan mis labios, en todo cuanto existe,
para su sed el ánfora pequeña de agua pura.

La vida es bella, pero me es adversa la suerte.
Después de tanto anhelo, solamente la muerte
pondrá en mi boca el beso de maternal ternura.

EN LA TORRE DE MARFIL

Lejos del mundo, lejos de su horrible rüido,
en silencio, en mi torre de marfil recluso,
como una infanta triste, pegado a sus vitrales,
viendo pasar la fuga de quimeras ideales,
voy viviendo mi vida, voy soñando mi sueño
de una saudade vaga y un imposible ensueño.

Vivo triste y enfermo de un ansia de ternura,
de un ansia de infinito, de un ansia de ventura,
mundo de dulces sueños que nunca he de gozar.
¡Esta tortura, un día, mi vida ha de tronchar!

En vano tiemblo y ardo de fiebre, en ansia viva:
mi psique paralítica a mi querer cautiva,
y frente al mundo, que ama, que ríe de alegría,
me estoy muriendo de ansia y de melancolía;
me estoy muriendo de esta infinita tristeza:
Sin nunca haber vivido mis sueños de belleza,
mi juventud se va a morir ¡Mi juventud
se va a morir! Y lloro de pena y de inquietud.

NOCHE DEL ALMA

Confuso, estremecido mi espíritu despierta,
en la penumbra roja de la sala desierta.
¿Es el suave crepúsculo jocundo y matutino
o es el fosco crepúsculo doliente y vespertino?
¿Es la noche de mi alma que proyecta esta sombra?
¿Será el vago crepúsculo que mi espíritu asombra?
Llueve!
Llueve?
En el reloj funéreo, las campanas mojadas,
ahogadas, murientes, dan lentas campanadas.
Son las dos! ¡Las dos de la tarde de mi vida!
Mi vida da las horas, confusa, entelerida.
¡Qué tarde es ya! ¡Qué presto han corrido mis horas!
¡Ah, la vida del hombre no es sino un breve día!
¿Será el día que gime o tú, mi alma, quién llora?
La canción de la lluvia en mi es melancolía.
Tabletean los truenos, funestos y lejanos,
por el sur, por el lado de la hacienda. En las manos
poso la frente triste, recordando la hacienda:
Allá, en su dulce valle, hace años, tuve amores
que hoy día son saudades. La herida, si, se venda,
mas quedan cicatrices de perpetuos dolores.
Llueve.
Llueve.
Siento frío en el cuerpo, siento frío en el alma.
Aun el alma, confusa, titubea sin calma.
Bajo el són de la lluvia, bajo el terror de mi hora
y bajo los recuerdos del amor que se añora,
siento un impulso triste de acogerme en tus brazos,

María, ó dulce amada, de hundirme en tu regazo,
en su calor de nido, como un ave aterida,
por el viento azotada, por los rayos batida.
Llueve.

Llueve.

Por esta selva oscura voy cual niño perdido,
lleno de horror sagrado de lo desconocido.

¡Dame, amada, tu nombre, tu amor, canción tan pura,
que me salve del miedo de esta honda selva oscura!

SPLEEN

No existe un ideal que mi espíritu aliente.
Me siento desasido ya de todo en la vida.
La esperanza ha caído para siempre vencida.
Ya en lo futuro nada mi espíritu presiente.

Me ahogo en la provincia, cual prisionero agónico,
Siento que estas montañas me anudan la garganta,
y este azur, donde eterna la primavera canta,
pesa sobre mi espíritu como un in pace irónico.

Huir, huir Mas, ¿dónde? Lejos, adondequiera,
por mares tenebrosos, cual resto de un naufragio,
y al vaivén de las olas, adormido en su adagio,
reposar, para siempre, en ignota ribera.

Por salir un instante del cerco de mis tedios
cometiera mil crímenes, en busca de alegría;
mas, todo fuera inútil a la tristeza mía:
jamás me veré libre de sus torvos asedios.

TRISTEZA DEL MAS ALLA

Mi tierra prometida, ¿bajo qué estrella de oro,
en qué mares lejanos me esperas con tu hogar?
¡O patria, eres miraje que luce su tesoro
en el desierto inmenso de mi propio pesar!

Yo sé que si partiera en pos del toisón de oro
y diera vuelta al mundo, y diera vuelta al mar,
no sintiera mi patria, que nostálgico añoro,
bajo ningunos cielos, sobre ningún lugar.

La tierra prometida, por la cual se suspira,
no está, no, en este mundo, ni más allá del mundo,
sólo está en nuestra mente, como toda ilusión.

Esta nostalgia loca, que mi tristeza inspira,
me asemeja a un doliente desterrado errabundo
que llora por la patria perdida, en aflicción.

BRUJAS

Brujas muerta, por muerta sois mi ciudad amada.
Mi alma enferma de ensueños y mi carne nerviosa,
bien quisiera confiaros, ciudad suave y callada,
cual si fuera al cuidado de Hermana silenciosa.

¡Dulzura apetecida! ¡Dulzura de su seno!
Lejano del azur azul y del rüido,
oir, bajo su cielo otoñal y sereno,
la confesión del alma y el íntimo latido.

Después de haber tenido, sediento de ideales,
en ansia inmensa, el alma, por la tierra y los cielos,
curvar, cual curva el cisne su cuello en los canales,
desencantado, el alma, sin ansiedad de vuelos.

Las horas y los días, los meses y los años,
toda mi vida, huérfana de amor y poesía,
hundiera en el recinto de tus muros huraños,
cual tus cisnes, hermanos de mi melancolía.

En las horas morosas de saudade y ternura,
de angustioso silencio, entre fugas de Bach,
leyera, a media voz, con profunda dulzura,
LE REGNE DU SILENCE de Georges Rodenbach.

En sus verdes suburbios, en su calma bucólica,
entre sus brumas áureas, hallara, en sus paisajes,
al alma hermana, al alma reclusa y melancólica,
nostálgica y saudosa del mar y sus mirajes.

De una ventana gótica mirara los canales
y los egregios cisnes, soberbios y callados,
urnas de dioses muertos, de muertos ideales,
bogar, entre las cañas, tristes, desencantados.

Y luego miraría de mi alma los canales,
y en ellos, los recuerdos, egregios y callados,
urnas de ensueños muertos, de muertos ideales,
vagar entre las cañas, tristes, desencantados.

Cerca de algún convento, entre halos de sordinas,
sentiría el contagio de quietud y dulzura,
por la cándida influencia de sus blancas beguinas,
que a Dios diéronle, en voto, su castidad tan pura.

En las naves oscuras de una gótica iglesia,
oyendo los mojados carillones en duelo,
sentiría, acalmada ya allí mi hiperestesia,
la inanidad de todo, de la tierra y el cielo.

Brujas, hermana mía, en vuestro dulce encanto
en belleza muriera, junto a vuestros canales,
curvada el alma, triste de ensueño y desencanto,
cual sus cisnes, hermanos de mis sueños ideales.

APOLO

Rubio, bello y sereno guía su carro de oro,
del oriente al ocaso, vertiendo la armonía;
a su paso de gloria se despierta el canoro
y juvenil acento del campo y de la umbria.

Virtud oculta mana de su rayo sonoro
en las flores, donde hadas cantan su melodía,
y en la tierra fecunda, que guarda su tesoro
de mil gemas brillantes, cual lágrimas del día.

Su luz, dulce y sagrada, enardece los senos,
despierta los amores, en cuyo torno gira
la vida toda entera, desde el cielo al pantano,

y suscita los cantos, ditirambos o trenos.
La carne, ardiente y triste, se exalta con su lira,
• nepente, canto y ritmo para el dolor humano.

A LA MUSICA

¡O música armoniosa, divina exaltadora
al impalpable mundo de mágicos ensueños,
el alma sube en tu onda suave y libertadora
al reino de los sueños;

aquí quedan los tedios, las duras aflicciones,
la pena cotidiana y el vano pensamiento,
y se siente inundada, en místicas regiones,
de vago sentimiento.

Vuela, como una alondra, en alba misteriosa,
soñando con un mundo de belleza ideal;
le brinda una hada etérea delicia venturosa
en copa celestial.

¿Es un coro de alondras y ocultos ruiseñores,
son un coro de encanto de canoras sirenas,
o el país de las hadas, dormidas entre flores,
cuyas canciones sueñas?

De tus fusas emergen mujeres armoniosas,
mujeres de otros mundos, tenues y fugitivas,
dulces y suspirantes, mágicas y radiosas,
leves y sensitivas;

mujeres virginales que hallaron los sentidos
para nuevos placeres de la carne cansada,
y ofrecen blandos goces, jamás interrumpidos,
en noche embalsamada.

Eres hada armoniosa, de amores confidente;
en un claro de luna descendes suspirante,
y pasas sobre musgos, brindándonos nepente
con caricia sedante.

Sólo expresar tú puedes las intimas tristezas,
la esencia de los sueños impalpable, inasible,
que en el alma se siente y la lengua no expresa,
por ti vuelta sensible.

O divina dulzura, penetras en el alma
por todos los sentidos, cual perfume y caricia,
como luz, como vino, y la aduermes en calma,
en musical delicia.

El éxtasis dulcísimo das en tu copa de oro,
y despiertas al dios celeste que llevamos
en el pecho dormido; pasa el viento sonoro,
despierta y sollozamos.

Das a sentir tú sola las locas embriagueces
de la emoción divina: el espíritu alado
y el alma sensitiva, sin frias arideces,
se sienten encantados.

Van hacia nuevas playas del reino del Ensueño,
donde todo es propicio para el placer y el bien;
y, felices, encuentran, como en visión de sueño,
los campos del edén.

Nada conmueve tanto cual la dulce armonía
de fusas policromas de frases musicales,
ni el amor voluptuoso, ni la honda poesía,
que curan nuestros males.

El llanto que despiertas es el más puro llanto,
lágrimas de saudade que inunda el corazón
y hace que desfalezca, adormido en su encanto,
en lánguida emoción.

Todo lo que no puede la pobre lengua humana
interpreta tu idioma, al pie de lo infinito;
el sentimiento en llanto y en mil suspiros mana,
callan la voz y el grito.

En un mundo armonioso, distinto de este mundo,
el alma vaga en éxtasis, en honda placidez;
dejar jamás quisiera, soñando y sitibundo,
la divina embriaguez.

¡O música, arrebatame en tu dulce armonía
y disuelve mi espíritu y mi cuerpo en tu són!
¡Que retorne a la esencia misteriosa que ansía,
inquieto, el corazón!

PALAS ATENEA

Sus ojos de esmeralda, profundos como mares,
conocen los secretos de la sabiduría;
anímicos abismos y abismos estelares
ante la diosa abrieron su corola sombría.

Su peplo inmaculado de púrpuras solares
cubre vírgenes senos, que ignoran la alegría
y el dolor de la carne; sus senos de azahares
palpitan animados de olímpica armonía.

De su boca impoluta brota el consejo sabio
que libra de asechanzas de sirtes y sirenas,
en la odisea trágica que es toda vida humana.

El saber, la cordura no han nacido del labio
del dios en el Olimpo: son hijos de las penas,
de la intuición que vuela sobre la ciencia vana.

LA ETERNA ILUSIÓN

Desde hace miles de años la humanidad solloza,
bajo el dolor eterno, sangrando el corazón;
siempre es el mismo sueño de mentira insidiosa
que cautiva en sus redes con la eterna ilusión.

Sabemos lo que ocultan amor, gloria, ventura,
manzanas seductoras del triste y muerto mar;
encantan con su filtro de belleza y ternura,
y en su seno, ceniza, se puede sólo hallar.

Somos monstruos vivientes que vió la fantasía
del Oriente remoto, con su visión sutil:
esfinges de cabeza femenina y vacía,
de alas de serafines, de cuerpo ambiguo y vil.

Con nuestra inútil ciencia hemos roto el encanto
de todo el universo; con la razón cruel
hemos llegado al fondo de lo bello y lo santo,
acibarando sólo la embriagadora miel.

Sabemos que la mente jamás sabrá el misterio
que el universo guarda, con tácita quietud;
sabemos que la carne es triste cementerio
de sueños y alegrías, de amor y juventud.

Y somos, sin embargo, cual bestias inocentes,
que dejan arrastrarse por la vital pasión:
nos embriagan amores y dichas sonrientes;
bajo el sol, aun sentimos placentera emoción.

En el lecho del tedio, la esperanza vencida
aun tiende locas alas a los cielos de abril,
y presos del triunfante demonio de la vida,
nos encantan sirenas con su canción sutil.

Somos ardientes proas que empuja todo fuego
que brota desde el fondo de nuestro corazón;
en nuestra sangre hierven impulsos, sin sosiego,
de mil hostiles almas de ensueño y de pasión

Inútil es que diga la triste ciencia vana:
La vida es apariencia, y es guerra, y es sufrir;
lo inconsciente es el árbitro de la ilusión humana;
más valiera que el cosmos dejara de existir.

Jamás, aunque sepamos lo ilusorio del sueño,
vivir podremos libres de gloria, dicha, amor;
jamás será el espíritu del alma y cuerpo dueño:
¡La ilusión es eterna y es eterno el dolor!

LA ESFINGE

Sobre el desierto inmenso, bajo el cielo infinito,
la Esfinge, muda y trágica, se yergue femenina.
En su boca cerrada duermen la voz y el grito
que guardan los arcanos de voluntad divina.

Divinidad monstruosa, sin religión ni rito,
ha escuchado clamores, cual revuelta marina,
de miriadas de pueblos, que, en doliente fremito,
el hado oculto inquietan, que un Dios cruel destina.

Como olas de la arcilla del miserable mundo
que se alzan, un momento, animadas de vida,
se desliza a sus plantas la humanidad doliente.

Y siglos, gentes, todo se hunde en el polvo inmundo.
Frente a fugaces cosas, en paz, enmudecida,
sólo la Esfinge yace con su enigma, inclemente.

LA ESFINGE INTERIOR

¿Qué incubas, psique mía? ¿Qué secreto destino?
¿Qué trágico suceso? ¿Qué asombrosa sorpresa?
¿Será algún grande amor! ¿Será algún don divino!
¡Una serena calma? ¿Una inquieta tristeza?

¿Será una nueva luz! ¿Será un nuevo camino!
¿Acaso la locura que ahora mismo empieza?
¿O quizá de esta forma el vuelo peregrino
hacia la vuelta eterna del vivir que no cesa?

¿Será este mismo instante? ¿Será en la calma tarde?
¿Tal vez en la alta noche? ¡Quizá en la madrugada?
¡Bajo un íntimo horror me estremezco cobarde!

¡Psique mía nocturna, aclárame el futuro!
Y la dormida Esfingue negra no dijo nada.
Y aun estoy yo, trémulo, en el vivir obscuro.

NATURALEZA

Naturaleza, madre de misteriosa vida,
palpita tantos siglos el dolor de tus senos
que átomos de agua y polvo de tus campos serenos
fueron un día lágrima y entraña dolorida.

Bajo esta misma esfera de luz estremecida,
sobre esta misma tierra de paisajes amenos,
han rodado olas y olas de hombres fugaces, llenos
de tristezas y angustias sin nombre, sin medida.

Piedad!, duras montañas; piedad!, frías estrellas;
piedad!, horrendas selvas, para nuestras querellas:
¿Por qué sólo vosotros siempre habéis de existir!

Después de breves días de amor y de tristeza
te da llorando el hombre su adiós, Naturaleza;
tú quedas impasible, y él tiene que partir.

THANATOS

Pálida y misteriosa, oculta en blancos velos,
ambula por los mundos, impasible y serena,
extraña a la alegría, extraña a toda pena,
fragante a cinamomo, ceñida de asfodelos.

Nadie ha visto su rostro, de alegrías o duelos,
Nadie sabe el enigma que hay en su boca, plena
de acibares o néctares. Nadie sabe si llena
el reino de lo ignoto de flores o de hielos.

Hermana del Amor, la Vida misma, acaso,
se desliza, de oculto, con silencioso paso,
entre cunas y lechos, loada y maldecida.

En su seno la vida retorna y se transforma,
pasa por avatares, fiel a eterna norma.
Ella es la virgen bella, madre de toda vida.

EL MIEDO DE MORIR

¡Oh, el miedo y el horror de estar un día muerto!
Cruel metamorfosis de la carne en ceniza,
de la piadosa carne que ahora nos hechiza.
¡Y no saber siquiera del Más Allá algo cierto!

Hermano, hermano mío, el día en que yo muera
que formen una pira de los más viejos pinos
y al són de una elegía de agua, brisas y trinos,
que quemen y que extingan mi cuerpo en esa hoguera.

Así me veré libre de la postrer laceria
y de la angustia, acaso, de sentir los dolores
de la carne, hoy fragante a agua, gramas y flores,
y mañana, en la tumba. ¡O terrible miseria!

DEL LIBRO INEDITO "MARIA DEL CARMEN"

PENSIEROSA

Avido contemplaba tu graciosa belleza
aquella tarde de oro. Tu cara primorosa
dulcemente emergía, levemente inclinada,
de los mórbidos hombros. Te peinabas la blonda
cabellera ondulante. Y un instante en tu mano
quedó la rubia crencha colgante, vaporosa.
Pensativa mirabas un vuelo de palomas
de nevada blancura por el azul del cielo.
El amor y el adiós susurraban sus alas.
Y en tus ojos había otro vuelo de ensueños.
Al toque de ternura un aire de tristeza
se unía en tus miradas. Y flotaba en tus labios
vaga melancolía con su íntimo secreto.
¿Qué tristes pensamientos tu mente florecía?
¿Contemplabas el vuelo de las horas felices,
de felices ensueños hacia el oscuro ocaso?
Y conmovida mi alma suspiró una plegaria
ardiente y dolorosa ¿Por qué somos efímeros?
¿Por qué vuelan las horas de amor y de ventura
como las blancas nubes en el azul del cielo?
¿Renacerán, acaso, mañana en otro mundo
nuestras almas fugaces, nuestro amor fugitivo?
¿Quién detener pudiera el vuelo de las horas
y la gracia y belleza de la mujer amada!

VOLUPTUOSIDAD DEL DOLOR

¡Qué voluptuosidad tan amarga y tan dulce
esta de mi saudade, de mi amor doloroso!
Para mí no estás muerta. Tú para siempre vives
en mis recuerdos lúcidos y en las cosas aquellas
que un tiempo fueron tuyas y miraron tus ojos.

En las cosas que amaste y tocaron tus manos
y tus plantas hollaron. Si aun yo me imagino
que, fiel, tu fantasma en torno mío vaga,
se mira en los espejos, se sienta en las poltronas
y en la callada noche de mi lecho se duerme.

Si aun yo me imagino que dentro de mí vives,
que eres tú la doncella que dentro de mí canta.
Desde que tú te fuiste brota mi poesía
cual fuente rumorosa que fluye entre tomillos.

Y es más dulce y más triste. Y en su misma tristeza
tiene suaves sonrisas, como tú sonreías
en vez de verter lágrimas. Y tiene la dulzura
de timbre, armoniosa suavidad de tu acento.

Si aun yo me imagino que dentro de mí vives.
Y me vuelvo más suave, más tierno y silencioso,
como tú, porque siento que tú mueves mi vida,
mis sueños y mis actos, amores y esperanzas.

Y mis manos se vuelven blandas como tus manos.
Y mis labios se vuelven puros y melodiosos.

Y mis ojos se azulan por ser como los tuyos.
Se aclara el pensamiento. Por ser como los tuyos.

¡Que todo esté como antes, tal como tú lo amabas!
Que las rosas suspiren amorosa fragancia
en finas porcelanas. Que tu lecho, como antes,
se cubra con la colcha de tu ensueño de rosa.

Y en el huerto cerrado de mi pecho no quiero
que nada, nada mude. Sea todo como antes,
como cuando vivías feliz y sonriente,
como cuando me amabas con toda tu ternura.

Mi amada, ausente mía, mi amor a ti no cambia.
Mi amor a ti se aumenta con la añoranza tuya.
Soy un enamorado que en ansiedad espera
la cita, la primera cita ansiada y soñada.

Soy un enamorado que te espera y te ansia,
vuelto una primavera de besos y caricias,
que en mi noche aparezcas, visión celeste y blanca,
a que seas la novia que me exalta en ensueños.

¡Qué voluptuosidad tan amarga y tan dulce
esta de mi añoranza, de mi amor infinito!
La mimo, y me estremezco temiendo se me vuele.
Y la abrazo y la beso, cual si tú misma fueras.
¡Saudade, mi postrera pasión y mi esperanza!

COSMOS MAGICO

Oh isla maravillosa donde, a la tarde, llego
en triste compañía de penas y recuerdos;
en dulce compañía de la sombra adorada
que mi tarde ilumina como una estrella rubia.

Oh soledades gratas de la naturaleza
cuyos céspedes tibios me ofrecen su regazo
para mi inquieto sueño; cuyas fragantes músicas
me envuelven con sus velos de claros de la luna.

El sol vierte en mis labios sus ánforas de vino
de las viñas celestes que mi sentido embriagan.
Y en esta paz tan honda mi espíritu se aclara
y descubre el secreto de las fuentes selladas.

En alas de los ritmos, cual elfos que aletean
en el seno de todo, de lo humilde y lo grande,
voy descubriendo voces y descubriendo espíritus
que, escondidos, sueñan en invisibles cunas.

Cada párvula cosa es tálamo invisible
en donde Eros divino bate de amor sus alas.
Cada párvula cosa es cerebro invisible
en donde el pensamiento su idea al cielo eleva.

El átomo, la estrella, el ave, el bruto, el hombre,
todos están vaciados en la misma turquesa
por las manos divinas. Son divinas imágenes.
Son ciclos amorosos. Son númenes del Numen.

Son trimurtis divinas de honda Sabiduría,
de una fecunda Madre, de Amor entrelazadas.
Son ímpetus de vida que vibran con la vida
del aliento fecundo de la celeste llama.

En este polvo late el corazón divino.
En esta flor sonrien los labios amorosos.
En esta abeja vibra divino pensamiento.
En este océano rugen los divinos rugidos.

Yo soy aquel que vibra, que sonríe, que piensa.
Soy el terso remanso bajo los tristes sauces.
Y soy la golondrina que arpegia en los crepúsculos.
Y soy la rubia estrella que tiembla en los espacios.

Toda esta teoría de cielos y de tierras
en armonía sube a las cumbres divinas,
en retorno amoroso, transido de nostalgias,
titubeando en las sombras de la divina noche.

EN LA NOCHE

Era la última noche que pasábamos juntos
en la honda paz del campo, propicia a los idilios.
Sentía y tú sentías un ansia de estar solos;
de vivir la emoción de nuestra despedida;
de dar adiós al campo que nos prestó su asilo,
en prados, en boscajes, en senderos, en grutas,
para nuestros amores, nuestros castos amores.
Te ceñía yo el tallo. Con tu brazo desnudo,
de desnudeces púdicas, me enlazabas la espalda
y posabas tu mano sobre mi hombro, amorosa.

Penetrantes aromas exhalaban las rosas.

El océano cerúceo en la tierra volcaba
miríadas de trémulas margaritas celestes.
Cintilantes estrellas, leves, se deslizaban
hacia el fatal ocaso. Palpitar parecían
acordes con la tierra, con nuestros corazones,
enamorados, trémulos. La inmensa Vía láctea,
fluida, esplendorosa, cruzaba el cielo diáfano.
Me atraía el misterio, la sublime belleza
de archipiélagos de astros que allá resplandecían.
Cuna de nuevas tierras de vida y de venturas,
de tristeza y de lágrimas, parecía mecida
por las manos divinas. El creador aliento
agitaba las áureas florestas de los cielos.
Campos, montañas, nubes bañábanse en celistia.
El mundo se esparcía en luminoso espacio
de vastedad sin lindes. Sentía difundirme
cual luz y anonadarme todo yo en lo infinito.

Cautivantes aromas exhalaban las rosas.

De súbito, la luna temblorosa, surgía
e irradiaba su magia de luz ensoñadora
en las vastas praderas, en las frondas dormidas,
en las nubes de nácar. Daba a todas las cosas
apariencias de ensueño, a la vez dulce y triste.
Bajo la luz de luna cielo y tierra tomaban
no sé qué de misterio, de oculta poesía,
de confusas nostalgias, surgidas en el sueño.
Descendía del cielo algo vago, inefable,
auras que estremecían las flores de mi alma,
turbador pensamiento de la efímera vida,
bajo el azul eterno del espacio infinito.
Tú misma, iluminada de irradiante blancura,
te volvías etérea como un rayo de luna.
Qué efímera la vida, tan bella y pavorosa!

Seductores aromas exhalaban las rosas.

En el inmenso circo de montañas azules
me sentía en la arena, bajo un imperio oculto
de dioses misteriosos. Y exhalaba un suspiro
mi triste pensamiento: Salve, te saludamos
quienes amamos tanto y somos tan efímeros

Como en obscura noche relampagueó en mi espíritu
trágico pensamiento: Somos dos moribundos!
En silencio gemía; Somos dos moribundos!
Rozándonos las caras, pasaban tenues ráfagas
de brisas que el misterio las agita en sus alas.
Una fugaz estrella gimió en el horizonte.
—¡Felicidad!, clamaste. ¿Sentiste, amada, acaso,
las ocultas potencias del adverso destino
que sobre ambos pesaban, torvas, ineluctables?
Eramos cual dos naufragos, bajo el cielo implacable.
A ratos parecía la copa azul del cielo
clepsidra misteriosa. Sus arenas doradas
median esta efímera, frágil vida del hombre.
A ratos parecía un infinito incendio.

Amorosos aromas suspiraban las rosas.

Del fondo de los prados llegaban los rumores
de cascada doliente. Susurros del misterio
en el vasto silencio del cielo y de la noche.
¡Qué obscura era la noche a pesar de su lumbre!
Sentía como un ángel de lágrimas colmado
mi alma inquieta, abrumada. Flotaba una ternura
inefable sobre ella, ansia de amor, de llanto.
Turbado vacilaba sin conocer mis ansias.
—¡Amémonos, María! ¡Amémonos, amémonos!
Siento en el corazón un miedo de morir.—
Era mi voz tan honda, que apenas si la oía.
Y temblaba, temblaba como una hoja en la brisa.
La luna se ocultaba tras de una nube negra.
—Mira el jardín velado de resplandores pálidos.
Dentro de pocas horas expirarán las rosas.
Dentro de breves horas morirá primavera.
Cuando llegue el otoño no habrá estas voluptuosas
corolas que sonríen de pasión y delicia.
Mientras la vida cante y ría en primavera,
¡amémonos, María! ¡Florezcamos en rosas!

Fascinantes aromas suspiraban las rosas.

RETORNO A LA HACIENDA

Floresta de mi infancia, quiero de nuevo verte;
tengo ansia de sentirte con todos mis sentidos,
con toda el alma mía: Se esconde en tu regazo
el alma de ella, el alma de su niñez risueña,
de su alba adolescencia, de su azul primavera.

Quiero oler los aromas de la tierra fecunda,
mojada por la lluvia, por el arado abierta;
el olor de heliotropo de las dehesas húmedas;
el aroma de leche que exhala la vacada;
el aroma de alfalfa; el sudor de caballos.

Quiero aspirar suspiros de la rosa silvestre,
de viejos eucaliptos que gimen con el viento,
de balsámicos pinos que en arrobos se elevan;
el aroma del agua que huele a menta fresca,
el olor resinoso de bosques incendiados.

Quiero oír, en el alba, el trino de los pájaros,
que tejen en las frondas encajes melodiosos;
quiero oír el susurro de brisa en los maizales,
en álamos, que latén cual tiernos corazones;
los gemidos del viento en cerradas ventanas.

Quiero adormir mis penas al murmurio del agua,
al pie de la cascada, en cuyas ondas suenan
mil lejanas campanas de un país de misterio,

en cuyos timbres oigo palabras especiosas
que remedan las voces para siempre calladas.

Amo oír el zureo, al fondo de los bosques,
de tímidas torcaces; el canto de cigarras
que, ebrias de sol y azul, van estriando los cielos,
el rostro de la lluvia que solloza en jardines,
y el trueno que restalla y muere en lontananza.

Quiero besar los pétalos sedosos de las rosas,
los pudorosos pétalos de breves madreselvas,
cual besaba sus labios amorosos y leves;
quiero palpar los cálices de pálidas magnolias,
frescos de agrios perfumes que embriagan mis recuerdos.

Juntaré mis sollozos a sollozos de fuentes,
con rocíos de mi alma mojaré los miosotis,
y saldré por las sendas, oyendo tu llamado,
a recordar las dñhas en mis horas aciagas,
a soñar que me esperas oculta en un recodo.

Y partiré a caballo, alucinado y loco,
a volver sobre el tiempo, a tornar al pasado,
a buscarte en la selva de los días perdidos,
a embriagarme de riesgos, a azotarme de vientos,
conduciendo a la muerte, de amazona, a la grupa.

Quiero oír, al crepúsculo, reclamos de los mirlos
que buscan a sus hembras; la oración de la tarde
que en la tierra se eleva del alma de las cosas;
el cerrar de los párpados del día moribundo,
velado por la lumbre de Véspero amoroso.

Solitario en la noche, veré batir sus alas
azules y doradas, temblar a las estrellas,
caminando en silencio hacia el ocaso obscuro;
mi corazón, acorde con su latir etéreo,
elevatorse en éxtasis, lejos de triste exilio.

Mi cuerpo, tras mis ojos, irá en ardor al cielo
en pos de ti, mi amada. ¿En qué secreto habitas?
¿En qué mundo lejano? Hermana de los ángeles,
enséñame tu senda. ¡Que una palabra sola
tus labios me murmuren en voz baja, al oído!

REGRESO

A recorrer he vuelto, Maria, nuestros valles:
En su alma dulce guardan nuestros tiernos amores.
¡Qué risueños brillaban, brillaban y reían,
bajo el clima de mayo! ¡Cómo estaban lozanos!
¡Cómo alegres cantaban los mirlos y pardillos!

Es la época de amores de las aves del cielo.
En los follajes cuelgan los nuevos tibios nidos.
Y en los follajes tiemblan de amor todas las aves.
Y entonan sus gorjeos de amorosos reclamos.

Y yo, doliente y solo, recorro nuestros campos.
Y tiemblo de recuerdos. Y las lágrimas pugnan
por brotarme en los ojos. Y en el fondo de mi alma
las lágrimas se vuelven canción de mis tristezas.

Apenas llego al valle, oigo el rumor del río
donde hundías tu cuerpo, junto a las verdes algas,
bajo las tibias ondas, y unías tus sonrisas,
tus cristalinas voces al murmurio del agua.

Allí la roca blanca donde, a la tarde, a veces,
solías esperarme. Allí la senda rosa
por donde los dos juntos, enlazadas las manos,
paseábamos dichosos. Aquí el jardín florido
en donde recogías rosas para mi mesa.

La confesión primera, las primeras caricias,
aquí, bajo estos sauces, Maria, ¿lo recuerdas?

brotaron en mis labios, florecieron mis manos
con ternuras tan hondas, con pasión tan celeste.

Las glorietas umbrosas donde tanto soñamos,
donde en vano tejimos la tela de los sueños.
Y recorro las sendas, y me veo tan solo.
Y a cada instante brota en mi alma tu recuerdo.

Aquí estuviste, un día, risueña, enamorada.
Llevabas una rosa pálida entre los labios.
Vestias de azul suave. Nunca te vi más bella.
¡Cómo el amor enciela la terrena hermosura!

Aquí, bajo un cerezo, se alza un banco de piedra
donde buscabas sombra y frescor al bochorno
que encendía tu cara con rubores de niña,
bajo vibrante atmósfera de ardorosos estíos.

Y la cabaña blanca, a cuyo suave abrigo,
bajo los sauces trémulos, en el rústico banco
nos sentábamos juntos para ver la cascada
y mirar cómo pacen las vacas en sosiego.

Allá la casa llora, taciturna y vacía.
No resuenan tus pasos en su antes dulce asilo.
No copian sus espejos la magia de tu rostro,
encanto azas hermoso para llamarse humano.
Han callado las músicas de tu voz armoniosa.

Corro raudo a caballo. Asciendo la hoz del monte.
Veo la gruta en donde un día le pediste
a la Virgen que vuelvan nuestros tiernos amores,
y en donde, enamorado, tu nombre yo grababa.

Por aquí, cuántas veces, subirías dichosa
escondiendo en tu pecho, como a niño dormido,
tu pasión, mi pasión, que envenenar quería,
oculto entre las rosas, el áspid del encono.

Ah lo que pudo ser! Ah si nos fuera dable
revocar lo pasado, retornar a los días
perdidos en fronteras del sueño, en cuyas sombras
se esfumaron fantasmas de rubia primavera.

Cual bandas de palomas silvestres, los fantasmas
de los recuerdos vuelan en todos los parajes
de la hacienda, a mi paso. Allá se ven los bosques,
los oscuros brezales, las tranquilas praderas,
en donde, un feliz día, íbamos los dos juntos,
en cacería, alegres. Estábamos tan tristes.
Llama de amor pasado soplabla en nuestros pechos
y temblar nos hacía con temor y esperanza.

Te veo. Tu voz oigo. Timida y sonriente.
Insinuante. Amorosa. Me veo. Mi voz oigo.
Y siento el dulce encanto de la dicha pasada.
Y el dolor y amargura de venturas perdidas.

Y en todo flota y vaga tu aparición radiante;
sólo yo la contemplo, pues en mi alma te oculto,
en la cuna de mi alma, dormida, como un niño.
Y en todo manan, flotan las silenciosas lágrimas
de las cosas que guardan tu recuerdo en sus almas.
Se hacen llanto en mis ojos, sollozo en mi garganta,
inefable ternura, elegía en mis labios.

¿Cuándo, Maria, cuándo despertarás del sueño?
¿Cuándo retornaremos a amarnos como entonces?

CLARO DE LUNA

Música de Claude Debussy

Noche de primavera, tierno aroma de rosas.
Tibia seda del cielo. Ensueños de las lilas.
Fluye el río dormido. Es suave la penumbra.
Y hay un misterio vago en la mágica noche.

Las brisas, intranquilas, senos de rosas buscan
para dormir insomnios. Se oye el dulce reclamo
de un solitario pájaro, dormido entre las frondas.
Se adormila la tierra en cuna de la noche.
Suena un blando preludio de luz de perla y nácar.

De súbito, la luna su blanca magia asoma,
extática, temblando, temblando en los follajes.
Blanca, inmensa, divina en el azul del cielo.
Blanca, inmensa, divina. Fulgores virginales
de nubes y de estrellas. Ensueños. Dichas vagas.
Encantos de añoranzas. Inefables encantos.

Iluminan los nardos al claro de la luna.
Y la luz de la luna se aroma en sus fragancias.
Instante tras instante la luna se adiamanta,
y en el muaré del lago de mi alma cabrillea.
Todos los nomeolvides azulean los cielos.

La última golondrina revuela en el alero.
Los álamos de plata blandamente susurran.
Los álamos. El aria que en dulce voz cantabas.

Y un velo de misterio ondula sobre el mundo,
sobre el paisaje vago de infinita tristeza.

La noche se angeliza. Lilas, lilas florecen.
Cantan los ruiseñores en los sauces en sueño.
Hace música el río con su flauta argentina.
Las rosas se desmayan al melodioso encanto,
blanco de amor y muerte. Gimen, lloran sus trinos.

Todo se vuelve ensueño. Todo se vuelve encanto.
Un encanto inefable flotando está en las almas.
Un encanto inefable flotando está en el llanto
del alma de las aves, del alma de las cosas.
El paisaje se enciela, y el alma se endelicia.

Un encanto que baja de los diáfanos cielos.
Un encanto que sube del paisaje esfumado.
En el silencio azul se desliza la noche.
Todo es azul hechizo. Todo es azul delicia.

Y la música fluye de pianos invisibles.
Y la música fluye de invisibles violines,
a la magia de manos de hadas blancas, celestes,
nimbadas en destellos de la pálida luna.

De cisnes musicales que van en ondas blancas
y van en ondas de ébano, plateadas de luna,
exaltando a las almas que sueñan en mis sueños,
exaltando a los ángeles que sueñan en mis ojos.

¡Cómo huelen las lilas, las lilas de mi ensueño!
¡Cómo suena la música, blanca, inmensa, divina,
de la noche de luna ¡Llamas, llamas de ensueños
de cambiantes matices de incendios de la luna.

Todo es azul y ensueño. Azul se vuelve mi alma.
Y en ella tú te azulas. Azul es mi saudade
de tus ojos azules, de tu pecho, albo loto,

de tus manos balsámicas, que en mis ojos se posan
como suave consuelo, en esta noche blanca.

De tus cálidos labios, que no besan mis labios,
en esta noche blanca en que bogan los cisnes
de mi alma, tan saudosa de tu seno tan blanco.
Mecen los blancos álamos los nidos en desvelo.

Caen los lampos fúlgidos en la noche callada.
Las ondas se deslizan en silencio de plata.
Y de mis ojos fluye un silencioso llanto.
Un llanto de nostalgias, de infinitas saudades.

En mi alma en abandono, en mi callada noche,
en mi llanto, en mis ojos, ángeles en nostalgia,
cae la luna, cae su luz azul de magia
y me envuelve en un velo de ensueños y de encantos

En la azulada noche desciende tu fantasma
del cielo, envuelto en velos. Con pasos silenciosos
a la alcoba te llegas. Siento tus manos pálidas.
Siento tu beso angélico que en mis labios se posa.

Y en éxtasis me elevo, en la noche opalina,
en alas de la música, en dulce pianísimo,
Alma que vuelve a mi alma en un lampo de luna.
En un lampo de luna blanca, inmensa, divina.

Blanca, inmensa, divina fluye la blanda música
de la luna de plata, con silencio inefable.
Y se diluye el alma en las diáfanas ondas.
Y se difunde, fluida, en el divino Océano.